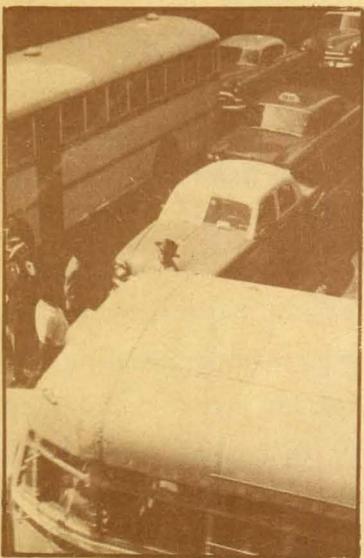


*¿Quién se los manda!*

SIEMPRE! PRESENCIA DE MÉXICO. 10 de Enero de 1979. Volumen #1336 N° Mexicana). Autorizada como correspondencia de 2ª clase en la Administración de Coi

# Guerra A Los

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Los autobuses han hecho un verdadero asco de nuestra capital.

Mi tío Alfonso, hermano de mi madre, es zapatero desde su temprana juventud. Pese a una contrahechura causada por una caída, y que él ha llevado siempre con mucho donaire, es un hábil artesano, capaz de hacer que aparezcan flamantes los zapatos a los que provee de “medias suelas”, “suelas corridas”, contrahortes (que nosotros llamábamos, simplemente, “contriortes”) nuevos.

Su oficio, practicado entre pobres, y en un lugar pequeño, le obligaba a usar materiales de segunda mano. A un señor Camacho, comerciante en llantas usadas, mi tío le compraba semanalmente algunas, cuyo “piso” y cuyos costados se convertían en remedios para el calzado que debía durar más para no tener que mercar otro. Los sobrantes de hule se acumulaban en un traspatio, bajo la cuidadosa vigilancia de Horacio, mi hermano, de Roberto, mi primo, el mayor de los varones de mi tío, y la mía propia. Al final de cada año, como balance de un nuevo lapso de trabajo, humilde tanto como útil, un enorme montón de trozos de hule nos permitía montar, el 24 y el 31 de diciembre, la Noche Buena y la Noche Vieja, dos enormes fogatas, que congregaban a decenas de vecinos del barrio, pues el pábulo que las alimentaba duraba hasta bien entrado el amanecer.

He recordado lo anterior para dejar claro que, respecto de la persecución policiaca a quienes osaron quemar llantas en el Distrito Federal durante los dos fines de semana pasados, no puedo ni quiero ser imparcial. No observo el fenómeno simplemente como un habitante de la capital interesado en la preservación del ambiente, sino que lo vinculo vivencialmente a la congregación de pobres que no tienen otro medio de divertirse en fechas en que se ordena practicar la alegría.

Hace no más de tres semanas, don Tomás Allaz, un admirable y querido dominico y etnólogo, hacía notar al profesor Carlos Hank González, jefe del Departamento del Distrito Federal, que los “quemallantas” no son, por supuesto, ecocidas deliberados, sino que su miseria les empuja a vivaquear en cada esquina, para escapar del hacinamiento de su propia morada, y para preservarse del frío, que en esas noches, quizá por los contrastes que hace patentes la publicidad, se torna más intenso, aunque los termómetros indiquen lo contrario.

El profesor Hank González reconoció la verdad de lo dicho por don Tomás y sugirió que habría otras formas de conservar el espíritu de solidaridad que se advierte en la congregación ante una llanta ardiente, sin tener que pagar el alto precio de un ensuciamiento del aire que se acentúa tan notoriamente que a fines de 1977 la ciudad de México parecía estar contenida dentro de un capelo, formado por la concentración de las emanaciones navideñas. Y anticipó que las juntas de vecinos, y las autoridades de las delegaciones, podrían imaginar fórmulas —como fuegos de artificio, o festivales ad hoc— que dieran diversión sin propiciar el despido de humos contaminantes.

El asunto, en efecto, podría enfrentarse de esa manera. Sin embargo, no será fácil poner en práctica esos dispositivos, porque hay un trasfondo ideológico detrás de la actitud persecutoria contra quienes queman las llantas. No hemos llegado al extremo del fascismo, según el cual hacer patria es matar a un pobre. Pero hay una multitud de evidencias de que es esa condición, y no su actividad contaminante, lo que lleva a la cárcel o a esconderse para evitar ser aprisionados, a los quemallantas.

De otro modo, no se explica que la eficacia lanzada contra ellos no se aplique a los propietarios de autobuses urbanos y suburbanos que han hecho de la nuestra una de las ciudades más ruidosas y sucias del mundo. Todavía, pese a todo, circulan